



La paradoja de Zenón y la microficción. A propósito de Paul Brito

Zeno's paradox and microfiction. About Paul Brito

Guillermo Bustamante Zamudio

Universidad Pedagógica Nacional (Colombia)/
guibuza@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9341-3514

Date of reception:

16/04/2021

Date of acceptance:

16/07/2021

Citation: Guillermo Bustamante Zamudio, "La paradoja de Zenón y la microficción. A propósito de Paul Brito", *Revista Letral*, n.º 27, 2021, pp. 125-139. ISSN 1989-3302.

DOI:

<http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi27.21005>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial, 3.0 Unported license.



RESUMEN

Las paradojas conocidas de Zenón de Elea parecen auténticas microficciones. Con un relato imbatible, el autor logra demostrar, más allá de la actitud inmediata de mostrar, que es necesario aceptar algo contraevidente. Estas paradojas han sobrevivido milenios a las objeciones de filósofos, físicos y matemáticos. Particularmente la historia de Aquiles y la tortuga fue un reto a la polis, a la esfera mítica de la antigua Grecia; incluso una ironía, pues la diosa Tetis no pudo venir en ayuda de su hijo Aquiles (así como Afrodita sacó a su hijo Paris del enfrentamiento con Menelao). Una tortuga anónima (¿o la ninfa Quelona que se burló de Zeus?) vence al héroe homérico de la *Ilíada*. Pues bien, el escritor colombiano Paul Brito se deja seducir por el vértigo del pensador de Elea y acepta la invitación que ha latido allí durante tantos siglos, mediante 101 microficciones sobre esta paradoja.

Palabras clave: Zenón de Elea; microficción; Aquiles y la tortuga; paradoja.

ABSTRACT

The well-known paradoxes of Zeno of Elea seem authentic microfictions. With an unbeatable account, the author succeeds in demonstrating, beyond the immediate attitude of showing, that it is necessary to accept something counter-evident. These paradoxes have survived the objections of philosophers, physicists and mathematicians for millennia. Particularly the story of Achilles and the tortoise was a challenge to the polis, to the mythical sphere of ancient Greece; even an irony, for the goddess Thetis could not come to the aid of her son Achilles (just as Aphrodite brought her son Paris out of the confrontation with Menelaus). An anonymous turtle (or the Chelone nymph who mocked Zeus?) defeats the Homeric hero of the *Iliad*. Well, the Colombian writer Paul Brito allows himself to be seduced by the vertigo of the thinker of Elea and accepts the invitation that has been beating there for so many centuries, through 101 microfictions on this paradox.

Keywords: Zeno of Elea; microfiction; Achilles and the tortoise; paradox.

Leamos una microficción de hace 25 siglos:

El corredor más lento nunca podrá ser alcanzado por el más veloz, pues el perseguidor tendría que llegar primero al punto desde donde partió el perseguido, de tal manera que el corredor más lento mantendrá siempre la delantera.

Esta *joya* —como la llama Borges (“La perpetua carrera” 417)— es la versión aristotélica (*Física* 239b) de una idea de Zenón de Elea. No tenemos su texto literal, pues de sus escritos sólo nos queda un par de fragmentos auténticos¹: “son poquísimos, tan sólo cinco —en la práctica tres—. Desgraciadamente, se trata de una carencia insuperable”, dice Giorgio Colli durante un seminario que dictó, a propósito del filósofo, durante el período lectivo 1964-5 (40) en Pisa (Italia). En general, la obra de los presocráticos prácticamente no sobrevivió. “Frente a obras como las de Platón y Aristóteles, de las que la antigüedad conservó un copioso legado, las de los presocráticos no consiguieron atravesar indemnes las largas vicisitudes propias de la transmisión de toda la literatura griega antigua. Bastó que en un determinado período el interés de las gentes letradas se desentendiera de las creaciones de los filósofos que nos ocupan —oscurecidas sin duda ante sus ojos por las más perfectas de Platón y Aristóteles—, para que dejaran de ser copiadas y, por lo tanto, se perdieran irremisiblemente como tales obras. Tan sólo contamos, por lo tanto, para estos filósofos, con aquello que los autores conservados por la tradición han dicho de ellos, ya sean citas literales, ya meras explicaciones o paráfrasis de sus teorías” (Bernabé, “Introducción” 10-11).

Por las noticias históricas, sabemos que la microficción anterior hace referencia a Aquiles —el héroe homérico de la *Ilíada*— y a una tortuga. Un surtido al recuento de Aristóteles y tendremos el texto con el que abre el libro de microficciones titulado *El ideal de Aquiles. 101 pasos para alcanzar a la tortuga*, cuyo autor es el escritor colombiano Paul Brito (Barranquilla, 1975):

101 M

La paradoja es la siguiente: Aquiles, el de los pies ligeros, debía competir en una carrera contra una tortuga. Como era el más veloz, se permitió darle una ventaja.

Un trompetazo fue la señal de salida.

Aquiles corrió los cien metros que lo separaban de la tortuga, al tiempo que esta avanzaba un metro. Cuando Aquiles recorrió ese metro, la tortuga ya había adelantado un

¹ Zenón de Elea. «Fragmentos». Ver bibliografía.

centímetro. Cuando el héroe devoró ese centímetro, la tortuga ya se había alejado un diezmilímetro...

Conclusión: Aquiles nunca alcanzaría a la tortuga, pues siempre estaría delante de él... a menos que desde un comienzo Aquiles se hubiera fijado correr 101 metros.

Ya queda configurada la historia con sus personajes: el héroe de la *Ilíada*, el de los pies ligeros, hijo de la diosa Tetis, y una tortuga, “torpe animal”, la llama Bernhardt (“El pensamiento presocrático” 45) ... ambos trenzados en una carrera. Se entiende el subtítulo del libro de Brito: son 100 microficciones... y una más, para subrayar el plus que introduce la tortuga con sus negligentes pasos.

Con un conglomerado de palabras bien montadas, el eleático contradice lo que es fácil de *mostrar* en el mundo sensible: que Aquiles gana; y lo hace mediante un relato que de forma invencible *demuestra* algo asombroso: que “el más rápido de los hombres, Aquiles, no podrá alcanzar nunca al más lento de los animales, la tortuga, si se da a ésta en una carrera una ventaja inicial” (Ferrater Mora, *Diccionario* 535).

Del pensamiento de Zenón sabemos sobre todo por interpuesta persona: en el *Parménides* (127e-130a), Platón dice que controvierte la pluralidad del ser; en la *Física* (239b), Aristóteles refiere que negó el movimiento y el transcurrir del tiempo; en *Vida de los filósofos ilustres*, Diógenes Laercio relata —entre inventor y cronista— que el filósofo de Elea conspiró contra el tirano y que guardó entereza ante la tortura (IX 26-27); y Proclo (Colli, *Zenón de Elea* 46) nos hace saber que ideó cuarenta paradojas, con las que tal vez habría inventado lo que en matemáticas se llama “demostración por reducción al absurdo” (44); o sea: “admitir la tesis contraria a título de hipótesis para descubrir en ella sus contradicciones internas” (Bernhardt 45).

Falta de amor

Aquiles pensó que si no alcanzaba a la tortuga era por falta de amor. El amor es lo único capaz de acercar realmente a dos seres. Entonces se le ocurrió conquistarla. Le enviaba esquelas, pero la tortuga no se dignaba contestar. La indiferencia fue calando en el corazón de Aquiles hasta que se sintió realmente enamorado. Lo que no había previsto era que la tortuga estaba enamorada de un galápago al que venía pisándole los talones.

En este relato de Brito, la propuesta de solución —el amor— causa una nueva paradoja. Como dice el poeta Antoine Tunal: “Entre el hombre y el amor, / Hay la mujer. / Entre el hombre y la mujer, / Hay un mundo. / Entre el hombre y el

mundo, hay un muro”². ¡También somos inalcanzables en el amor! (Uno se acerca y el otro, no porque lo sepa, pone una distancia), lo cual se enuncia bajo la misma circunstancia de los contendientes de la carrera: el amante le viene “pisando los talones” al amado, tanto Aquiles enamorado en relación con la tortuga, como la tortuga en relación con el galápagos.

A causa de la pérdida de las obras de los presocráticos, hoy sólo nos ha llegado noticia acerca de cuatro de las cuarenta paradojas del eleático³. Este azar fue, a la vez, clemente e inclemente con nosotros: clemente, pues si las cuatro paradojas que nos llegaron han dado lugar a 25 siglos de debate, ¿qué tal si hubieran sobrevivido todas?; pero tal azar también fue despiadado con nosotros, especialmente con los interesados en el género de los textos breves⁴, pues de existir las cuarenta paradojas por escrito, tal vez habrían conformado el primer libro dedicado exclusivamente a la microficción; libro polémico y juvenil —según dice su propio autor⁵—, austero y “sin concesiones a los efectos poéticos”⁶, demasiado hábil⁷. Sospechamos que sería un libro de microficciones, pues su autor defendió sus ideas de una manera que —como dice Ramnoux (“Los presocráticos” 24)— se hizo célebre y provoca adhesión, mediante pequeñas invenciones (como la de Aquiles y la tortuga) que conducen a un absurdo... como no pocos textos del género de la microficción.

Anemoi

Patroclo miró la tortuga a escasos metros y no entendió por qué su amigo no era capaz de alcanzarla. Aquiles le explicó la paradoja de Zenón y Patroclo le apostó que aquello no era más que una patraña matemática, que la realidad dictaba todo lo contrario.

Aquiles aceptó la apuesta y dejó que Patroclo lo reemplazara un rato. Al cabo de un tiempo, Patroclo aceptó que no podía alcanzarla, pero se apresuró a aclarar que afuera las condiciones eran otras, que el mundo real no era producto de la razón sino de la divinidad: que detrás de cada paso estaban los dioses del viento soplando las alas de los pies.

² Citado por Jacques Lacan (“Función y campo” 279).

³ Pero ¿se reducen esas cuarenta paradojas a las aporías de lo finito y lo infinito? (Ramnoux, “Los presocráticos” 24).

⁴ “Por mi parte, creo firmemente que el microrrelato ha llegado para quedarse como cuarto género narrativo, un espacio nuevo reconvertido en laboratorio de la escritura” (Cutillas, “La instauración definitiva” 17).

⁵ En tanto personaje del diálogo *Parménides* [128d-e] de Platón.

⁶ Como afirma Bernabé (170).

⁷ De acuerdo con Ramnoux (1969 25).

La conclusión de la aporía nos tiene hasta hoy discutiendo: bajo las condiciones dadas, Aquiles nunca alcanzará a la tortuga; en otras condiciones (como en el primer texto de Brito), podría ser distinto... pero ¿sin nuevas paradojas? Este miramiento por las condiciones es un ingrediente de verosimilitud de los textos literarios: de hecho, la literatura transgrede ciertas propiedades del mundo que damos por evidentes: por ejemplo, de un lado, quebranta el espacio, mediante alotopías, utopías, metatopías; y, de otro lado, infringe el tiempo, mediante ucronías y metacronías, como explica Umberto Eco (“Los mundos de la ciencia-ficción” 221-222). Por eso, en el relato anterior, Patroclo asevera que *afuera, las condiciones son otras*. En el mismo tono, en la *Física* (263b), Aristóteles hace una argumentación ambigua: “la sustancia es una cosa y el ser empírico otra”; es decir, le da la razón al filósofo de Elea en un ámbito y se la niega en otro! Y bien, la transgresión literaria ha de ser sistemática durante la narración: de hecho, en el relato anterior de Brito la condición de la aporía funciona tanto para Aquiles como para Patroclo... así “desde afuera” (desde lo empírico, como dice Aristóteles) a Patroclo le parezca una patraña la razón por la cual su amigo no es capaz de alcanzar al reptil.

El peso de la libertad

En una nueva carrera que instaura Zenón, la tortuga debe perseguir a Aquiles. El de los pies ligeros se siente en absoluta libertad, pues al fin puede correr sin la limitación infinita de la carrera original. Pero muy pronto se siente abrumado por esa libertad y comienza a sentir un extraño peso en su espalda.

El relato anterior sostiene unas condiciones dadas: así Aquiles esté por delante, será objeto de los términos de la aporía, pues éstos no son meramente anecdóticos sino sobre todo lógicos. Este contexto forma parte de una dimensión de la cultura griega antigua. Según Hanna Arendt (*La condición humana*), para los griegos libres (*demos*)⁸, lo trivial desenvolvía su necesidad en dos ámbitos: de un lado, en la *labor*⁹ llevada a cabo en el hogar; y, de otro lado, en el *trabajo*¹⁰, pues éste —aunque era

⁸ A ese grupo no pertenecen mujeres, niños ni esclavos.

⁹ “[...] proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida” (Arendt 21).

¹⁰ “[...] lo no natural de la exigencia del hombre, que no está inmerso en el constantemente repetido ciclo vital de la especie, ni cuya mortalidad queda compensada por dicho ciclo. [...] proporciona un “artificial” mundo de cosas, claramente distintas de todas las circunstancias naturales. Dentro de sus límites se alberga cada una de las vidas individuales mientras que este mundo sobrevive y trasciende a todas ellas” (Arendt 21).

necesario— no era algo exclusivo de los humanos: las abejas, por ejemplo, también trabajan. En cambio, la condición humana propiamente dicha se materializaba —presuponiendo la base de la labor y del trabajo— principalmente en la *acción* (o *praxis*)¹¹, cuyo mejor ejemplo es el *ágora*; es decir, ese recinto donde los hombres *libres* —recordemos que la esfera de la polis es la de la *libertad* (Arendt 43)— se reunían para la deliberación política, jurídica, social, etc.¹². Por su parte, Paolo Virno (*Cuando el verbo se hace carne* 43), afirma que la *praxis* típicamente humana es: “Contingencia, labilidad, ausencia de un fin exterior, inseparabilidad del ‘producto’ de las acciones que lo realizan, indefectible de una esfera pública”. Por estas razones, el apetito cognitivo también se tramitará con ese modelo del *ágora*: los enunciados acaban en el destinatario que es el que finalmente le otorga o no su legitimidad: “[...] entre los griegos se manifiesta una particular tendencia a la libre discusión, por sí misma: esto presupone un desinterés por los temas más comunes del hombre y, en el extremo opuesto, un interés por el conocimiento y la discusión en sí misma” (Colli 28)... con el riesgo del relativismo: “parece como si se quisiera desarrollar sólo el juego dialéctico por sí mismo, la lucha hasta el final, y no la búsqueda de la verdad: estamos casi en una posición relativista” (Colli 54).

Nuestro filósofo fue uno de los usuarios —y promotores— de este modelo, al punto de ser considerado inventor de la dialéctica, es decir, de lo que se hace “a través del diálogo” (de acuerdo con la etimología): “Zenón tuvo una enorme importancia en la historia de la cultura, como Aristóteles confirma cuando hace de él el descubridor del arte dialéctico” (Colli 22). Tal vez hablando con él, Sócrates aprendió a hacer nacer —como una matrona que asiste a una parturienta— la verdad presente en el espíritu de sus interlocutores; o sea: la mayéutica. “Discutir implica un desapego de los intereses inmediatos, en favor de la expresión de la vitalidad y la libertad en el encuentro antagonista: así se desarrolla conjuntamente el conocimiento y un saber especulativo. Con el eleático esta tendencia se agudiza, se desarrolla, encuentra la pauta particular y el esquema que tendrá un fecundo desarrollo en la cultura” (Colli 29).

In-fracción

¹¹ “[...] actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia” (Arendt 21-22).

¹² “[...] la política, a su vez, adopta también forma de *agón*: una justa oratoria, un combate de argumentos, cuyo teatro es el *ágora*, plaza pública, lugar de reuniones, antes de ser un mercado” (Vernant, *Los orígenes del pensamiento griego* 59).

—*Se ha ganado una infracción, señor Aquiles.*

—*¿Infracción? ¿Por qué, señor agente?*

—*Por exceso de velocidad, claro.*

—*Pero si ni siquiera puedo alcanzar a la tortuga.*

—*¿De qué tortuga está hablando?*

—*De ésa —respondió Aquiles.*

El policía miró hacia adelante y vio la carretera vacía. Se asomó al interior del volkswagen en busca de latas de cerveza o algo por el estilo y vio un adorno en forma de tortuga colgando frente a Aquiles.

—*¿Hace cuantas horas está manejando, señor Aquiles? Me parece que está desvariando. La única tortuga que veo es ese adorno.*

Aquiles se quedó pensativo mirando el muñequito verde.

—*De acuerdo, puede que tenga razón, pero ¿cómo está tan seguro de que yo no sea otro adorno colgando en el vidrio trasero de la tortuga?*

... con todo y agente de tránsito: son dos mundos que no acaban de converger. ¿Qué más da que vayan en sendos carros, mientras la tortuga vaya adelante —así sea como adorno en frente— y Aquiles vaya atrás —como adorno trasero?

Esa carrera desigual de la tortuga y Aquiles desencadenó una revolución en el pensamiento. En el *Fedro* (261d6-e4) Platón minimiza a su autor a la condición de sofista, es decir, que no le importa la verdad; Aristóteles lo reputa descubridor de una práctica contrapuesta a la ciencia (Padilla, “Zenón de Elea y compañía” 127); Simplicio encuentra falaces sus argumentos (122) ... Séneca, San Agustín, Tomás de Aquino, Descartes, Hobbes, Kant... muchos filósofos se han sentido desafiados por su sutil argumentación. Y cuando la filosofía natural se volvió Física¹³, sus artífices sintieron invadido el campo por la necesidad del eleático, y se obligaron a articular un oxímoron: *velocidad instantánea*¹⁴. Tampoco los matemáticos escaparon a la urgencia de sacar a colación su incomodidad: “una suma de infinitos puede tener un resultado finito”, dijeron... “no se recorren espacios infinitesimales sino discretos (pasos)” ... etcétera. Todos buscaron que aquellos competidores desiguales, azuzados por Zenón, cesaran de alterar la tranquilidad de una pretendida matemática sin hendiduras. Pese a todo, el filósofo “continuará produciendo muchas reacciones controvertidas entre los estudiosos” (127).

Punto de partida

¹³ Recordemos que el libro de Newton se llama *Principios de filosofía natural*.

¹⁴ Si la velocidad es distancia sobre tiempo y el tiempo es cero en un instante, entonces toda “velocidad instantánea” sería = 1.

“Lo que no tuvo en cuenta Zenón —pensó Aquiles— es que mi cuerpo no es un punto sobre una línea. Que por más pequeños que sean mis pies, por más puntiagudos (digamos: unos alfileres), no dejarán de ocupar un espacio sobre la pista. Esa longitud es inversamente proporcional al infinito, pues entre más pequeños sean mis pies, más pasos cabrán en el tramo de la carrera. Si mis pies o yo mismo llegáramos al extremo de no tener magnitud, de ser iguales a cero, efectivamente la distancia sería infinita, pues el número de pasos sería ilimitado. En conclusión, el infinito y mi cuerpo son mutuamente excluyentes”.

Aquiles se alegró de esta deducción. Pero Zenón le puso punto final:

—No tan rápido. Tú no existes en la realidad sino en mi mente y allí no eres más que un punto.

En este texto, Brito despeja las condiciones conceptuales de la anécdota: Aquiles y la tortuga son puntos, es decir, seres sin dimensiones (no en vano, entre dos puntos hay infinitos puntos). Por eso, Borges (“La perpetua carrera” 418) dice: “los corredores decrecen, no sólo por la disminución visual de la perspectiva, sino por la disminución admirable a que los obliga la ocupación de sitios microscópicos”.

Zenón no puede *mostrar* a los que ya están obnubilados por el mito; se ve obligado a *demostrar* en el ámbito del *logos*¹⁵, algo muy complejo, cosa que él hace de forma invencible. La paradoja “ilustra la diferencia entre la concepción matemática y la experiencia” (Kline, *Matemáticas* 422). El movimiento es un no-ser, una apariencia... como toda sensación que creemos obtener del mundo. Así, su inexistencia es forzoso demostrarla, no puede mostrarse. El pensamiento es más cercano al ser, es una comunicación cósmica, no un simple malabar de palabras.

Meta imaginaria

Aquiles no podía alcanzar la meta, pues antes debía recorrer la mitad de la distancia de la carrera, luego la mitad de la mitad y así sucesivamente. Entonces se le ocurrió fijarse una meta el doble de larga que la meta real, de esa manera tendría que recorrer solamente la primera mitad imaginaria.

Pero entonces se topó con una paradoja aún más ardua pues, para proyectar aquel punto hipotético, debía concebir la mitad de la distancia, luego la mitad de la distancia restante y así infinitamente.

¹⁵ Para Vernant (17-18), *mito* es una fábula que no se apoya en una demostración rigurosa, como sí lo hace el *logos*. Por su parte, Bachelard (*El nuevo espíritu científico* 18) dice: “lo real se demuestra, no se muestra”.

En este relato confluye otra de las paradojas del eleático, la de la flecha: para llegar al blanco, debe alcanzar la mitad del recorrido, para lo cual debe alcanzar la cuarta parte, para lo cual debe llegar a la octava parte... y como la subdivisión es infinita, la flecha no se mueve.

Ahora bien, toda esta agitación de filósofos, físicos y matemáticos ¿objeta la paradoja o, gracias a su esfuerzo la enfatiza? ¿La desmiente o sólo ha conseguido formular el estupor de manera renovada? Sobre la paradoja, Borges sentencia: “ya podemos saludarla inmortal” (“La perpetua carrera” 417); y, más adelante: “Zenón es incontestable” (420); y de las objeciones que conoce, Borges sólo encuentra que una —la de Russell— está a la altura de la paradoja (419); por su parte, Colli (21) afirma: “Las aporías que suscitó están tan por encima de la banalidad y tienen una sutileza teórica tan sabia que no han podido ser superadas”; y, finalmente, Ramnoux (25): “la historia se desarrolla con una lógica impecable”. Las paradojas de nuestro filósofo no sólo siguen ahí, sino que hicieron renacer la matemática dos milenios después: su infinito incognoscible anticipa el cálculo infinitesimal, con el cual Leibniz y Newton procuraron resolver —entre otros— problemas como aquellos en los que nos metió Zenón, para lo cual, a su vez, se vieron obligados a inventar otra complejidad, no menos extravagante: un *infinito cognoscible* (Colli 23).

Su juego es cosa seria. La circunspección de filósofos, físicos y matemáticos sólo alcanza a rozar el misterio. El placer del juego no cesa ante un examen de sus formas manifiestas. En esas satíricas escenas, la literatura ha tenido una horma para sus abismos.

Perfección

Tetis había sumergido a su hijo Aquiles en la corriente del río Estigia para volverlo invencible. Al sostenerlo del talón derecho, ese preciso punto había quedado vulnerable. Por esa razón, la pisada derecha del héroe no era perfecta como la izquierda y dejaba pequeños tramos incompletos. Esa imperfección iba sumando mermas hasta completar un abismo. El infinito no es más que una suma de deficiencias. Sólo alcanzando la perfección, Aquiles podía llegar a la meta.

El autor aprovecha la mácula de Aquiles: recordemos que es justamente en el talón donde es herido de muerte por Paris durante la guerra de Troya. Aquí, el héroe de los pies ligeros no puede alcanzar a la tortuga, pero no por la lógica de la argumentación del eleático, sino por la marca que tiene de nacimiento. Ahora bien, la paradoja recae ahora sobre esa marca: “El infinito no es más que una suma de deficiencias”, como dice Brito.

La carrera desigual entre Aquiles y la tortuga —que nunca termina— escenifica el *mito* (con su limbo de dudas) y el *logos*

(con su pretensión de consistencia). ¿No podría haber dado la partida a una carrera entre un hombre X y una tortuga Z? En términos prácticos, habría sido lo mismo, pues sin ser especialmente veloz, cualquier hombre anda más rápido que una tortuga... pero no habría sido lo mismo en términos de la erística al *mito* que parece poner de por medio el autor. ¡Se trata de que el hijo de una diosa, un baluarte griego, es vencido por una anónima tortuga!, tortuga parida de las entrañas de la naturaleza, no de los limbos del *mito*. Veámoslo en la siguiente microficción:

El talón de Aquiles

Aquiles había hecho todo lo posible por pasar a la Historia como un héroe. Y los dioses lo habían apoyado. Pero un simple mortal, Zenón, le había hecho una mala jugada imputándole una arbitraria paradoja, lo cual había provocado en él la famosa cólera, pues ahora debía hacer el ridículo para siempre. Esa aporía era, como dicen por ahí, su “talón de Aquiles”.

El eleático introduce un *logos* riguroso por oposición al *mito*. Pero un rigor que no promete una nueva consistencia del mundo sin fisuras, sino que empieza justamente por la falla: “hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso” (Borges, “Avatares de la tortuga” 430).

La dimensión mítica ya está “creída” por todos, al punto que se la pretende extraer de la percepción. Entonces, algo hurgaron las preguntas irónicas del pensador, pues en lugar del escarnio e, incluso, en lugar de una justificada candidatura a la ingesta obligada de cicuta (¿no se burla también de la tradición?), se alzó con un florilegio de respuestas que todavía crece incesantemente. No ocurre, como en otra escena de enfrentamiento, esta vez entre el raptor de Helena —Paris— y su esposo —Menelao—. Pasó así: en la *Ilíada*, en medio de la batalla entre ambos, que está a favor del rey de la Esparta micénica, la diosa Afrodita salva a su hijo Paris: “[...] abalanzándose [Menelao] de nuevo sobre Paris, ansioso por matarlo con su pica de bronce; pero Afrodita lo había arrebatado con gran facilidad, como diosa que es, y lo había envuelto, como era de esperar, en densa bruma [...]” (*Ilíada*, III 375-385). En el caso de Aquiles, humillado como lo estaba siendo Paris por parte de Menelao, la diosa Tetis no viene en su ayuda, ni hay un mandato divino que lo defienda... seguirá eternamente tras el reptil.

Zenón reta la *polis*: en el mundo dado a la vista, aquel de la evidencia, es fácil *mostrar* —señalar con el índice— que el

héroe gana la carrera. Pero en el mundo inteligible gana la desconocida tortuga. Ese mundo “para el pensamiento” (Ramnoux 24), aquel de la razón, de la deducción lógica (no en vano la paradoja ha convocado respuestas formales de físicos y matemáticos) ... es edificado de manera magistral por el filósofo de Elea. Allí donde no se puede sencillamente señalar con el índice¹⁶, gana la tortuga... le gana nada menos que al hijo de una diosa: isacrilégio!, herejía! Por más hijo de diosa que seas, la razón triunfa. Como dice el texto de Brito, con excelente humor: “Esa aporía era, como dicen por ahí, su ‘talón de Aquiles’”.

Párpados y escudos

La tortuga es ese lento ser interior que camina de espaldas a nosotros abriéndose paso en la oscuridad: ese arcaico animal del inconsciente, entre hombre y serpiente, que se vuelve lentamente al paraíso replegando el largo telón de los sueños.

Aquiles (esa sofisticada criatura entre hombre y deidad) la vislumbra a veces después de una pesadilla, cuando la fulgurante intemperie del miedo lo deja insomne, desnudo, sin caparazón.

Efectivamente, Zenón le hace la mala jugada a Aquiles: no cita en el texto a la ninfa Quelona¹⁷... al menos tendría nombre propio y los protagonistas estarían en medio de la mitología: *Aquiles vs. Quelona*, el héroe vs. la ninfa. Pero no, el gesto del eleático es un eco de la burla de la ninfa. Recordemos la historia, a través de una fábula de Esopo, titulada *Zeus y la tortuga*: “Para celebrar sus bodas, Zeus invitó a todos los animales. Solo faltó la tortuga. Intrigado por su ausencia, le preguntó al día siguiente: —¿Por qué solamente tú, entre todos los animales, no viniste a mi festín? —¡Hogar familiar, hogar ideal! —respondió la tortuga. Zeus, indignado con ella, la condenó a llevar, eternamente, la casa a cuestas”.

La carrera entre Aquiles-*mito* y la tortuga-*logos* es una escena que parece incluir la anterior leyenda de desdén hacia los personajes míticos. Acá lo vemos en otra microficción de Brito, donde hay una degradación del héroe; ¿qué pasa mientras el infinito se dilata en espacio y tiempo?:

Minucias

¹⁶ Según Pierre Aubenque (“Filosofías helenísticas” 180), “Zenón comparaba el proceso de conocimiento al movimiento de una mano que se cierra: la mano abierta simboliza la representación; la mano que se cierra, el asentimiento; la mano cerrada, la comprensión; la mano apretada fuertemente, la ciencia”.

¹⁷ Tortuga. De ahí que las tortugas sean clasificadas como reptiles “Quelonios”.

A medida que el espacio entre Aquiles y la tortuga se reduce, la carrera va cayendo en detalles mezquinos. La vida de Aquiles se gasta en cuestiones ínfimas y despreciables. Comienza a regatearle placeres a la vida, ya no los goces espirituales a los que aspiraba de joven, y que debían completar y darle sentido último a su existencia, sino anhelos mínimos al alcance de la mano, a mitad de camino.

Tal como la inamovilidad que pregonan, las aporías del filósofo de Elea se muestran indiferentes a la refutación de quienes se han sentido desafiados por su sutil argumentación. Así como el oráculo: ni habla, ni calla: indica (Colli 53); las aporías no hablan de manera lineal y, aunque se las “resuelva”, siguen portando un misterio. Ejemplo: según Bertrand Russell, el relato acerca de la carrera entre Aquiles y la tortuga “asume que el todo y la parte no pueden ser similares” y, entonces, produce una paradoja; pero, si fueran similares (bajo la teoría de Cantor) y procedieran en la misma dirección, determinarían la misma clase limitante (*Los principios de las matemáticas* §340). Pero, si bien esto no produciría paradoja, “no hay evidencia para tal axioma, excepto una supuesta autoevidencia, y su admisión conduce a contradicciones perfectamente precisas” (§341).

Tal vez esto sea un argumento a favor de considerar las aporías en mención como microficciones: ¿acaso es refutable la literatura? Las obras literarias dejan atrás la crítica, emergen renovadas en cada lectura y se superponen a las deformaciones que intentan acallar su provocación. Y, después de una buena explicación, siguen incólumes. Nuevas épocas se ven obligadas a aplicarles sus nuevos modelos. Ese “pedacito de tiniebla griega” — como denomina Borges a la aporía en mención— alteró nuestro concepto del universo (Borges, “La perpetua carrera” 420) y suscita infinidad de respuestas literarias, como la de Paul Brito. Brito se deja seducir por el vértigo del pensador de Elea y acepta la invitación que ha latido allí durante tantos siglos: juego, asombro, abismo inexpugnable entre el ideal y la realización, entre el eje y la asíntota, entre un motín de cifras y la democracia, en el paso de energía potencial a cinética, entre dos sujetos, entre dos números reales, entre una palabra y otra, entre la vida y la muerte... y, por qué no, entre Aquiles y la tortuga.

Despidámonos con una microficción de Brito:

Sentido común

Lo que Zenón llama la tortuga es en realidad el horizonte. Nadie que yo conozca ha llegado al horizonte sin descubrir a lo lejos el verdadero horizonte. Correr detrás de la tortuga es, por lo tanto, tan absurdo como dirigirse a un punto del paisaje que en verdad es una mancha en los lentes.

A Aquiles no le faltan pasos para alcanzar la tortuga, le falta sentido común.

Bibliografía

Arendt, Hanna [1958]. *La condición humana*. Barcelona, Paidós, 1993.

Aristóteles. “Física”, *Aristóteles I*, Madrid, Gredos, 2011.

Aubenque, Pierre [1972]. “Filosofías helenísticas: estoicismo, epicureísmo, escepticismo”, *Historia de la filosofía*, Tomo I, François Châtelet (dir.), Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

Bachelard, Gaston [1934]. *El nuevo espíritu científico*. México, Nueva imagen, 1981.

Barroso, José. “La mítica boda entre Zeus y Hera, la diosa de la fidelidad”, 2020, disponible en: <https://revistasmite.smithehive.com/242/>.

Bernabé, Alberto. “Introducción”, *Filósofos presocráticos (De Tales a Demócrito)*, Alberto Bernabé (trad. y notas), Barcelona, Altaya, 1996a.

———. “Zenón de Elea”, *Filósofos presocráticos (De Tales a Demócrito)*, Alberto Bernabé (trad. y notas), Barcelona, Altaya, 1996b.

Bernhardt, Jean [1972]. “El pensamiento presocrático: de Tales a los sofistas”, *Historia de la filosofía*, Tomo I, François Châtelet (dir.), Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

Borges, Jorge Luis [1929]. “La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga”, *Discusión, Obras Completas*, Tomo I, Buenos Aires, Emecé [edición crítica], 2011.

——— [1939]. “Avatares de la tortuga”, *Discusión, Obras Completas*, Tomo I, Buenos Aires, Emecé [edición crítica], 2011.

Brito, Paul [2010]. *El ideal de Aquiles. 101 pasos para alcanzar a la tortuga*. Bogotá, Planeta, 2017.

Colli, Giorgio [1964-5]. *Zenón de Elea*. México, Sexto piso, 2006.

Cutillas, Ginés S. “La instauración definitiva del cuarto género narrativo”, *Los pescadores de perlas*. Barcelona: Montesinos, 2019.

Diógenes Laercio. *Vida de los filósofos ilustres*. Madrid, Aguilar, 1946.

Eco, Umberto [1984]. “Los mundos de la ciencia-ficción”, *De los espejos y otros ensayos*, Bogotá, Debolsillo, 2012.

Esopo. *Las fábulas de Esopo*. Santa Fe, Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2018.

Ferrater Mora, José [1986]. *Diccionario de los grandes filósofos*. Madrid, Alianza, 2002.

Homero. *Ilíada*. Madrid, Cátedra, 2003.

Kline, Morris [1980]. *Matemáticas. La pérdida de la certidumbre*. México, Siglo XXI, 2000.

Lacan, Jacques [1953]. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Padilla Longoria, María Teresa. “Zenón de Elea y compañía: Platón y Aristóteles frente a la erística y la sofística”. *Tópicos* 33, 2007, pp. 119-140, disponible en: <https://revistas.up.edu.mx/topicos/article/view/162>.

Platón. “Parménides”, *Platón II*, Madrid, Gredos, 2011.

Ramnoux, Clémence [1969]. “Los presocráticos”, *Historia de la filosofía Vol. 2. La filosofía griega*, Madrid, Siglo XXI, 1972.

Russell, Bertrand [1903]. *Los principios de las matemáticas*, Cambridge, Late Fellow of Trinity College, 2019, disponible en: <https://people.umass.edu/klement/pom/pom.html#sec331>.

Vernant, Jean-Pierre [1962]. *Los orígenes del pensamiento griego*. Barcelona, Paidós, 1992.

Virno, Paolo [2003]. *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*. Madrid, Mapas: traficantes de sueños / Cactus, 2005.

Zenón de Elea. “Fragmentos”, *Filósofos presocráticos (De Tales a Demócrito)*, Alberto Bernabé (traducción, introducción y notas), Barcelona, Altaya, 1996.